

Los *monstruos marinos en la Modernidad*, del historiador Arturo Morgado García, constituye una obra extensa y sintética a la par, abarcadora en sus aspiraciones, generosa en su marco temporal y enciclopédica en su colección de saberes, no divulgativa, pero clara y amena para los humanistas que deseen zambullirse en el tema de la relación de la humanidad con las especies acuáticas desde la historia cultural. Sus intereses se alinean con los de corrientes académicas punteras como las humanidades azules, la ecocrítica azul o los estudios de animales acuáticos, término que yo mismo acuñé. Todas ellas, en mayor o menor grado, vienen auspiciadas por una preocupación creciente por la salud de los diversos cuerpos de agua y sus habitantes: personas, fauna y flora. Es decir, la reivindicación ambientalista, tan urgente y frecuentemente citada por los gobiernos de Europa y América, encuentra, dentro de estos movimientos internacionales, una posición de privilegio.

En este libro, el historiador condensa el conocimiento de más de dos décadas. Pionero en la investigación de los estudios de animales en la historiografía española junto con el fallecido Carlos Gómez-Centurión, destaca al lado de Dolores Carmen Morales Muñoz y José Marchena Domínguez por enumerar algunas figuras relevantes. Esta monografía es, en buena medida, heredera de *La imagen del mundo animal en la España moderna* (2015), del mismo autor, y bebe de los hallazgos de diferentes artículos que han ido viendo la luz en estos años.¹ Ostenta, eso sí, el mérito de asentar unos cimientos robustos —surtidos de una bibliografía solvente y copiosa— que resultarán indispensables para el desarrollo de futuras indagaciones.

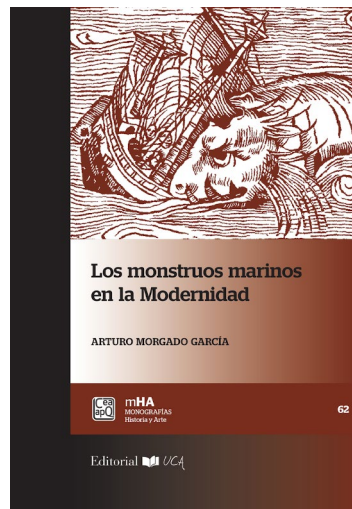
Desde la introducción, Morgado aclara que “Los monstruos marinos responden muy bien a un modelo de conocimiento preocupado por lo único, lo particular y lo maravilloso, en el que la *Historia natural* no debía preocuparse tan solo por lo que existía, sino por lo que podía existir” (3-4).² Es decir,

1 *La imagen del mundo animal en la España moderna* se ha erigido en un trabajo de referencia para los estudios de animales hispánicos. A título de muestra, mencionaré solo algunas de las contribuciones del profesor Morgado a esta área: “De la visión emblemática a la visión desencantada: los animales en el mundo hispánico (siglos XVII y XVIII)”, “Los monstruos marinos de Erik Pontoppidan” (2018), “Los monstruos marinos en la tradición escandinava” (2022) y “El mundo animal en la prensa colonial española finidieciesca” (2023), entre otras.

2 Todas las citas pertenecientes a *Los monstruos marinos en la Modernidad* corresponden a Morgado García, 2025, por lo cual solo se anota el número de página.

El mar y sus criaturas. Una revisión histórica

Miguel Rodríguez-García



Arturo Morgado García,
Los monstruos marinos en la Modernidad,
ISBN: 9788498289107, Cádiz, Universidad
de Cádiz, 2025, 255 pp.

respondían a impulsos no tan disimilares de los que hoy alientan el cultivo de la criptozoología. También afirma que “Los monstruos marinos son un reflejo del miedo al mar” (4), una idea presente en muchos de los textos que examina, y explica por qué los avistamientos y los varamientos han dado alas a la creencia en estos seres: “Los avistamientos no se producían siempre en las mejores condiciones, dependiendo del estado del tiempo, o de las condiciones físicas del observador, muchas veces cansado, soñoliento, y subalimentado” (4); mientras que “los varamientos [...] habían de enfrentarse al problema de la rápida descomposición de los animales varados, lo que les podía conferir fácilmente un carácter monstruoso” (5). Se trata de una deconstrucción racional de un fenómeno que jamás ha estado desprovisto de significados simbólicos, políticos y psicológicos; alimentado del temor a lo ignoto y de la atracción por lo exótico y lo peculiar, sentimientos aparentemente contradictorios que se reconcilian bajo el paraguas de la paradoxografía.

A lo largo de cuatro capítulos, Morgado traza un pormenorizado bosquejo de la historia de estos entes legendarios desde las tradiciones grecolatina y judeocristiana hasta la España de la Edad Moderna. Este periodo constituye el foco principal de la mayor parte de sus pesquisas. Con todo, registra con escrúpulo y atino crítico multitud de incidentes reseñables, desde el pulpo de Carteia pliniano hasta el pescado que se tragó a Jonás, pasando por el Leviatán y las sirenas mitad pájaro, que encarnan una forma de terror primitivo e incitan al género masculino al suscitar una feminidad devoradora y sexualmente activa.

No se olvida de recalcar que “fenicios y cartagineses difundieron ampliamente estas historias, muy posiblemente a fin de que ningún posible competidor se aventurara en dichas aguas y pusiera en peligro su monopolio mercantil” (8); en otras palabras, que desde la aurora de los tiempos los monstruos marinos han servido a fines económicos y geopolíticos.

También subraya en su primer capítulo las disparidades entre Aristóteles y sus sucesores naturalistas, Plinio y Eliano, deslumbrados por todo lo que arrojase destellos de maravilla e infinitamente menos comprometidos con el rigor científico. Como es lógico, el esfuerzo por ofrecerle al lector un panorama exhaustivo limita la atención prestada a algunas controversias, como la esbozada a continuación: “En el siglo XVIII hubo una polémica entre distintos eruditos españoles, destacando las aportaciones de Benito Jerónimo Feijóo, Martín Sarmiento, y Salvador Mañer, intentando dilucidar si el animal que se tragó a Jonás era o no una ballena” (30-31).

Sí menciona que Isidoro de Sevilla participa de un linaje intelectual vetusto “que consideraba al monstruo como un portento o un signo divino, lo que ya está presente en la obra de Cicerón, y lo continuarían San Agustín y el autor hispalense, entre otros” (38). Así pues, el monstruo marino era una señal de Dios, un símbolo más de su escritura sagrada, mediante la cual construía mensajes para los hombres: anuncios (a menudo fatalistas) de su porvenir.

Esta visión teocéntrica, que contrasta con el incipiente —y enseguida abandonado— empirismo griego, se prolongará a la Edad Media, etapa que Morgado aborda en su segundo capítulo. La documentación disponible es mucho más abundante y precisa: arte catedralicio, bestiarios, enciclopedias y mapas; así como la decoración miniada de ciertos códices, que proporciona una información visual importantísima, a veces ignorada por los especialistas más apegados a las letras. Esto le permitió explorar con mayor sosiego distintas cuestiones, lo que fomentaría comentarios más densos y ricos en matices. Por ejemplo, cuando analiza la configuración del ecosistema submarino, asemejado al terrestre en Gervasio de Tilbury, Cantimpré y otras fuentes, alcanza la conclusión lógica de que “Si en el mundo medieval el microcosmos era la imagen del macrocosmos, no es de extrañar que haya creído que el mar contenga exactamente los mismos seres que la tierra, pero adaptados a su medio” (44).

Varias criaturas predominan en este catálogo de monstruos medievales: la ballena, símbolo del mal, identificada con el ser que engulló a Jonás; el *serra*, que cortaba buques con su cresta; el monje marino, y la sirena. Solamente el *Speculum regale* noruego supone una innovación dentro de este archivo de conocimientos esencialmente librescos, nunca refrendados por la experiencia factual de los escritores, ya que maneja “información transmitida [...] de primera mano, llegando a indicar las dimensiones de estas criaturas, sus particularidades anatómicas, y sus hábitos cotidianos” (89), a pesar de que todavía figuren allí fieras fantásticas como el kraken (o *hafgufa*).

Los monstruos marinos no se extinguen en los inicios de la Edad Moderna; muy al contrario, continuarán apareciendo tanto en la cartografía naval, con autores como Olao Magno; en misceláneas españolas, con Tomás de Torquemada y Pedro Mexía; en historias naturales, con los aportes de Conrad Gessner y Huerta, y en la filosofía preternatural, con Juan Eusebio Nieremberg y Antonio Fuente-lapeña, como menciona el autor en su tercer capítulo.

Un adelanto característico de la época es el recurso a las ilustraciones xilográficas para la correcta identificación de las especies. Tal y como expresa Morgado, “La representación visual del animal



era para el lector más ilustrativa que un millar de palabras” (114). No obstante, abundan los errores transmitidos desde Aristóteles, Plinio y otros tratadistas pretéritos, y en los compendios renacentistas proliferan datos de dudosa fiabilidad científica, donde imperan las referencias a las autoridades clásicas (cuantas más, mejor) frente a un discernimiento crítico pobremente ejercitado.

Circulan por estas centurias mitos como los siguientes: el peje Nicolao, aludido tanto por Mexía como por Cervantes; una generación de hombres marinos gallegos que Torquemada comunicaba, y la célebre serpiente de mar retratada por Gessner, que ya jamás se marchará del imaginario marítimo occidental. Únicamente he echado en falta una mención a *La segunda parte de Lazarillo de Tormes*, puesto que participa del tópico del mundo subacuático concebido como reflejo reconocible —aunque paródico, en este caso— de la superficie.

En lo que respecta al naturalismo español de la temprana Modernidad, Morgado indica algunas de sus deficiencias en comparación con otros países de Europa:

Desde 1600, ante las numerosas trabas sufridas por el mercado del libro español, los editores del momento se ven obligados a publicar cada vez menos libros ilustrados, y, cuando lo hacen, reducen el aparato gráfico a un frontis arquitectónico a modo de portada, y unas pocas láminas, que en muchos casos son malas copias de estampas anteriores. [...] Son realmente escasas las obras de esta rama del conocimiento editadas en nuestro país durante el periodo indicado que incorporen algún aparato gráfico (128).

Durante los años setecientos, se arraigaría el empirismo en la ciencia europea, a la par de un progresivo desencantamiento de la naturaleza. El monstruo marino pasó a ser una curiosidad exhibida en los gabinetes naturalistas, al tiempo que se afianzaba la ictiología en el solar ibérico gracias a aportes como los de José Andrés Cornide con su *Ensayo de una historia de los peces* (1888), Ignacio de Assó con la *Introducción a la Ictiología* (1800) y las crónicas procedentes de América. Más allá del hombre pez de Liérganes, cuya existencia certificaría el generalmente escéptico padre Feijoo, Erik Pontoppidan resultó un colofón brillante dentro de los anales de los monstruos marinos, como responsable de la popularización del kraken.

En suma, durante este último lapso, englobado en el cuarto capítulo,

los monstruos marinos cada vez tienen menos cabida. Primero, porque su presencia creciente en los gabinetes de curiosidades, al convertirlos en algo tangible, les va a privar progresivamente de su carácter fabuloso y fantástico. Segundo, porque el nacimiento de la ictiología, centrada en lo descriptivo y anatómico, va a contribuir a la eliminación de los elementos legendarios. Y tercero, porque el creciente aprovechamiento económico de los animales acuáticos, especialmente de los grandes cetáceos, les va a privar de su condición de amenazas invencibles (158).

El libro culmina en los inicios del ochocientos, cuando el monstruo marino ingresa en la literatura de evasión y deja “de considerarse como algo real y ha pasado a la categoría de la leyenda, el mito o la fábula” (187). Un itinerario de amplia distancia que proyecta sus rutas investigativas hacia el siglo XIX, cuando ya no cumple hablar de monstruos marinos como tales, sino de especímenes a la espera de ser descubiertos, pese a que siguen despertando fascinación. Estas criaturas sobrevivirán en la narrativa y los periódicos, en leyendas urbanas tan pintorescas como dramáticamente sabrosas, aunque adolezcan de una discutible ausencia de verosimilitud.

Ahí el autor suelta nuestra mano, y aunque siempre —para toda obra— hay aspectos que invitan a futuras profundizaciones, el lector respirará satisfecho sabiendo que las bases que se hallan aquí son firmes. Sobra espacio para profundizar centrandó la mirada en el apartado iconográfico, o en la representación de las bestias marinas en la lírica, el cómic, los videojuegos... Como se suele decir, el límite es el cielo; o, mejor aún, el océano.

MIGUEL RODRÍGUEZ-GARCÍA. Adscrito a la Universidad de La Rioja (UR), España. Sus intereses académicos son literatura española, hispanoamericana y comparada, historia española e hispanoamericana, historia del arte, cuentos orales, fábulas, folclore, ciencias de la comunicación, cine, cómic, videojuegos, estudios de animales, ecocrítica, estudios de género y poscoloniales. Entre sus publicaciones recientes se encuentran: “Catálogo ecocrítico de cuentos de animales en la fábula hispanoamericana” (*Andamios*, vol. 22, núm. 59); “Arcadias terroríficas, maternidades compartidas y niños cambiados. Mitos y vínculos humano-animales en *Lamb*” (en Fran Mateu y Mario-Paul Martínez Fabre (eds.), *No te olvides de aquello que crece bajo tus pies. Estudios del folk horror desde la contemporaneidad*, Tirant Lo Blanch, 2021); y “Lobos marinos en la prensa decimonónica española. Noticias curiosas, relatos fabulosos, avistamientos, captura y explotación de focas” (*Artifara*, vol. 25, núm. 1).

Recibido: 21 de septiembre de 2025

Aprobado: 1 de febrero de 2026

